



ARTE

Roberto Campos: Bajo el artesonado

José Manuel Álvarez Enjuto

Quizá debiéramos hurgar minuciosamente bajo el artesonado para hallar la primera y, tal vez, de las primordiales claves de los argumentos iconográficos (de alguna manera teóricos) de Roberto Campos. La relación, o la implicación con este tipo de ornamento arquitectónico clásico, no viene a establecerse gratuitamente o sobre un artesonado cualquiera, ni de la contemplación apresurada y medio anónima de uno de estos motivos decorativos descubiertos al azar en una semiarruinada y arrinconada construcción. El artesonado al que hacemos referencia y pretendemos establecer un motivo de tesis estética y organizativa de los iconos de este pintor toledano, no es otro que el de su propia vivienda, el de su mismo estudio (y que no es sino, además, complemento y ampliación de su misma casa).

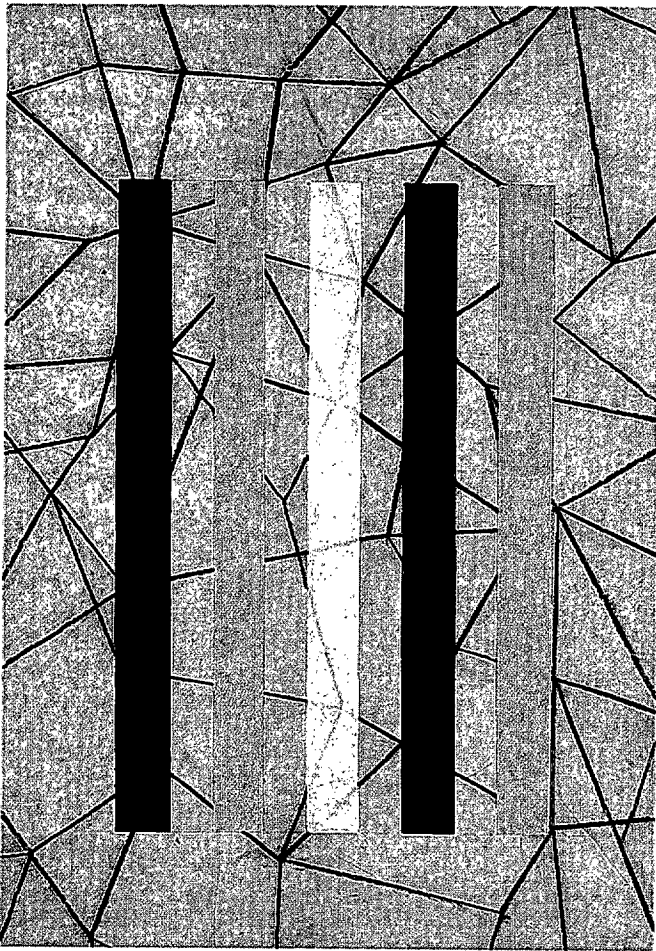
El fortuito descubrimiento en el interior de la vivienda, una necesidad fuera de las conductas artísticas, ha conducido a Roberto Campos a distinguir y hacer desarrollar una idea de alto sentido, no solo arquitectónico y urbanístico (como se desprende del estudio y el análisis a que podemos someter su trabajo), sino intimista y concienciador del hábitat de un medio urbano, una razón de comportamiento y comunicación entre los ciudadanos.

La activación que este hecho supuso en el discurso lingüístico, y que ha continuado dominándolo, conviene matizarlo debidamente, ya que en el conjunto de la obra existen muchos condicionamientos de articulación y proyecto autorizando. La imposición del artesonado, motivo de gestualización y escenografía en los cuadros de Campos, mediante un dibujo de excesiva sencillez y sobriedad (otro de los aspectos llamativos en el trabajo que nos ocupa), huyendo de los decorativos florones de centro, con la sola traza de molduras paralelas y al final redondeado en un patio a dos alturas y galería corrida de acceso a las viviendas, impone varias de las actitudes de este pintor especial. ¿Por qué especial? Toledo se registra y trasciende como una metrópoli anclada en la raigambre, en la tradición y el posicionamiento anclado: añejas costumbres; miramientos sociales, inalterabilidad de las normas ancestrales y consolidadas a fuerza de la rutina. Un pueblo inamovible y obsoleto, que de las pocas alteraciones que sufrió la comunidad, fue aquella malintencionada y dañina crítica a la sociedad acomodada de Toledo que hizo Blasco Ibañez en su novela "La Catedral". Entonces desde ese libro, Toledo, su historia, su excelsa soberanía, resquebrajó inerme, rompió, en mil pedazos. Incluso la "tarasca" para los más niños con muy poca memoria, quedó sin efecto, sin repentino sobresalto. Toledo parecía, nos llegaba, sin respeto, sin temor divino (cuna imponente de sumisa reverencia). Así las memorias de los repentinos pasajeros, del huésped variopinto y morfizado en un apresurado y enloquecido itinerario turístico, sin alma, sin corazón. Mil veces, una vez más, sorprenden

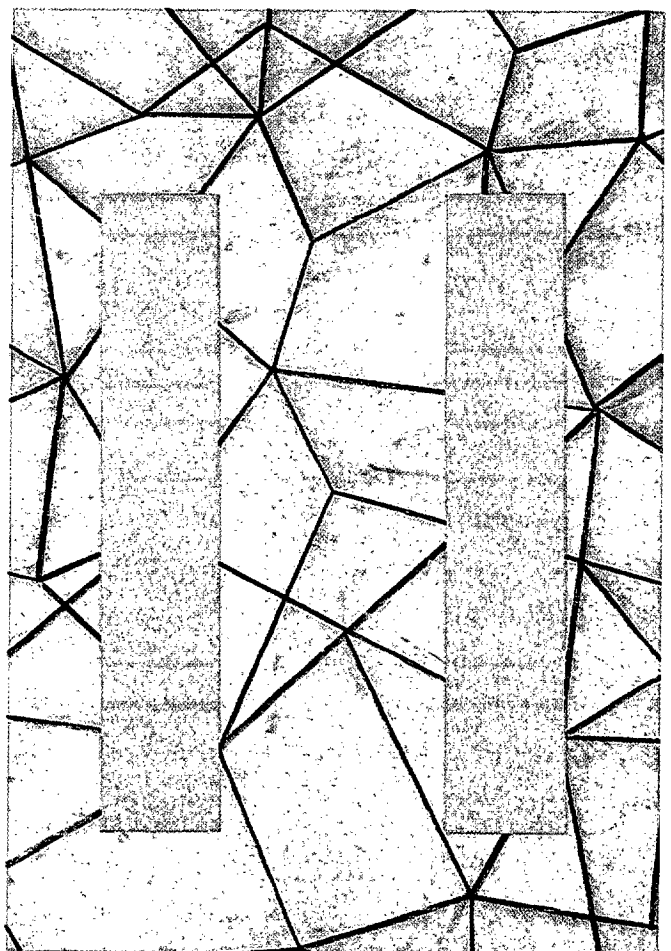
de y engrancede, golpearse de bruces con la estatua inabarcable del tiempo cierto, la realidad incontrovertible y dominante frente a roñosas titulaciones de pretéritos admirados. Muchos, muchos durante muchos años, combatieron contra esa historia antigua e irreconocible. Roberto Campos, uno de esos muchos y más de uno, docenas pudieron censurar este recurso del pasado que he utilizado para continuar con la exposición verbal de la obra de este artista intimista. Zigzag. Metáfora entrecruzada.

A Toledo le sobra historia, y le sobra historia adocenada, antaña, después de allí, a nosotros que pasajeamos veloz e irremediablemente entre medias de un horario empedernido e implacable por ese castillo enorme y elegante, nos reclama el centro vital, la pulsación reviviscente, el lenguaje impertinente e indoblegable. Leer la teoría, escuchar, ver, contemplar, de un pertinaz y cabezudo prosista colorido, empedernido narrador de las exigencias privadas, dictado del autoritarismo influyente del derredor enapelable, nos condiciona y coacciona la observación. Nada, en esos cuadros interrogantes y desnudos, vaciados de aromas de luz, fragancia, sabor; impotentes y lapidarios de expresividad amable hacen reconciliar visitas presentes. La apariencia seca, fría y desanimada de la colección última de Campos, perseveran en esa condición distante e inabarcable de la puntualidad toledana, ajena, contraria, remota. En la obra de Roberto Campos se dan cita todas estas anomalías del coincidir soñado. Unas y otras escapan insométicas. Podemos mirar, incluso forzar los tránsitos a nuevos escenarios, contrarias iconografías.

Todo más aún después de pasear calles sin distancia, empinadas escalinatas, íntimas plazoletas, parece huir de las dimensiones. Roberto Campos, atrapado ineluctablemente en sus circunstancias, entre la escasez inclemente y desligada de su estudio, impreciso por la reiteración de sus mismos continuos, convoca ejércitos ortográficos, multiplicadas geometrías. A su detrás, dispone cortinones matemáticos. Las nuevas series han suprimido toda sonrisa, borrada la alegría del color, el entusiasmo de la luz exuberante. El centro del universo es su estudio, el punto de visita y reunión es su estudio, es también la transición, la metamorfosis. Vayamos donde vayamos, con ese empeño siempre, siempre regresaremos aquel punto de nacimiento, al lugar en que desarrollamos. ¿Cómo iluminar entonces nuestros referentes tipológicos, la partida? Quizá algún amarillo breve, un rojo escueto, un verde tímido. La geografía, centro indiscreto y revelador debe crecer de agitación, algarabía, entusiasmo, por lo tanto, enmudecemos de alegría, paleta, exuberancia lumínica. El artesonado no dispone de variadas complacencias ni de disparatadas configuraciones, exige (licencia más que discutible animadversa) el manifiesto de un repertorio sobrio y deslucido. Impide la diversificación de la paleta y el entusiasmo festivo de los fuegos. Líneas paralelas, rectas



Journey 2, de "All Around".



Tránsito 2, de "All Around".

PINTURA & ESCULTURA

III Certamen de Artes Plásticas

ANGEL ANDRADE

Dirigido a Artistas nacidos o residentes
en la provincia de Ciudad Real

PREMIOS

*Primer premio "Ángel Andrade" de 1.000.000 de pts.

*Segundo premio "Día de la Provincia" de 500.000 pts.

PLAZO

31 de Julio de 1998, a las 14, 30 horas.

DIRECCIÓN

VII Certamen Ángel Andrade

Centro de Exposiciones de la Diputación Provincial

Ronda de Granada, 4. 13004, Ciudad Real

EXPOSICIÓN

(Obras premiadas y seleccionadas)

Centro de Exposiciones,

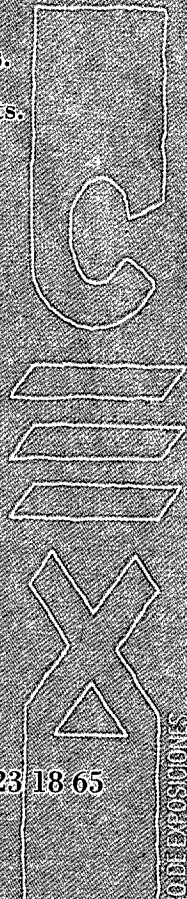
del 16 de Agosto al 30 de Septiembre de 1998

INFORMACIÓN

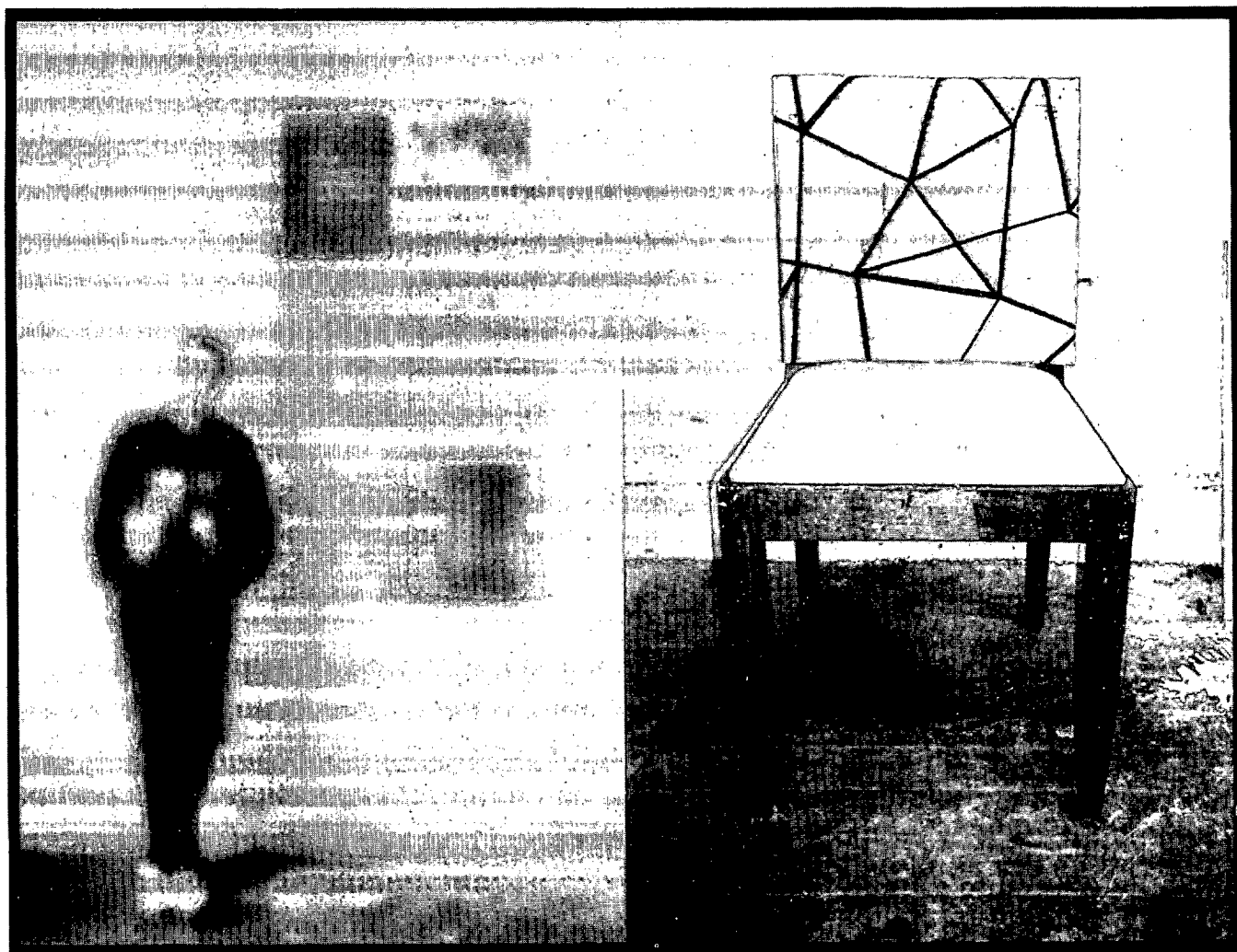
Centro de Exposiciones (CEX), Tfnos.: 926 25 19 36 / 23 18 65



DIPUTACION PROVINCIAL



PRODEEXPOSIONES



Ser moderno es saber lo que ya no es posible. Roland Barthes.

imponentes, inmarcescibilidad, desconvocatoria. Techo amable e insensible, impedor de actos contradictorios. Es difícil escapar a esa sencilla parsimonia y elegante comparecencia techada; motivo apabullante. Convergido, sometido a la autoridad de esos listones evenidos, altivos, regios, soberanos, el estudio tan solo puede ser una pieza estructurada, un elemento empujoso y crecido que grite, grite, grite la perseverancia de un lugar, un territorio (aunque breve, minúsculo) donde reivindicar el nombre, signaturizar el paso de la vida.

Sombreados los rincones de ese patio histórico. Nada ni nadie pone voz a la galería corrida de encima. Esquina el sol. Una perra educada y discreta recorre de extremo a extremo el estudio de Roberto Campos. A punto de pisar la serie de 4 por 7 que nos enseñó. Los perros no saben de arte. Ninguna luz en los veintiocho cuadros de esa serie excesiva. Entre tanto busco palabras. Miró el techo imponente, aquel artesanado desnudo. La obra completa, ésta que miro, me obliga a severizar mi gesto. Grises. Un montón de grises. Y un laberinto; largas anchas pinceladas (brochazos apabullantes) determinan un nuevo urbanismo, un nuevo plano, una nueva geografía metropolitana. Son vistas de una ciudad inventada, un recorrido desde lo alto, una fotografía de satélite. A pesar de todo, un centro, una dirección. ¿Por qué callan los colores? ¿Por qué no comparecen las luces, el tresillo, el helecho crecido, el patio discretamente silenciado? Mundo. Mundo. Casi se apaga el sol y los cuadros de Campos gritan apagados, recopilados

en la cortedad del estudio y con el impulso de los grises (pau-sa, amabilidad). Tiempo nuevo en la discreción convenida. Toledo, vieja historia sujeta. Luego. Paseo de memoria. Las molduras del artesanado acaban en redondo bajo la galería del patio. Toledo se empina, baja; piedra, ladrillo; hace tiempo que evita las palabras. La pintura de Roberto Campos queda discreta. El estudio, ese recinto prístino e intrasferible es el centro del universo y el artesanado de arriba (bello, regio, imponente) el dueño morfológico. Una tesis apabullante, una escenografía sin concesiones, un ritmo incontrovertible. La multiplicación icónica (severa, áspera, desalmada) de su más reciente epílogo, convoca al sobrecogimiento, a episodios introversos, reconversiones. Largo discurso a uno, solo, huérfano. Conferencia excesiva e imponente para poder huir. Y Toledo, con su ruina, confundido en esa manera, apacigua, el ansia de devenir. Y a pesar de todo, podríamos hablar (escribir), de la geometría en la pintura de Campos, su rompecabezas (*puzzle*), caos, arbitrariedad aparente, de los vanguardistas rusos, Mondrian, quizá Rothko, Barragán, Van der Rhoë, Gordillo. Únicamente de Roberto Campos. El vacío de su luz. El tiempo de su rutina. Su exigida resolución. El concurso final envolvente e indiscutible. No pude evitar, una vez más, millonésima, asomarme aquella cueva hermosísima del Tajo. Como un punto inexorable, el mismo que reclama Roberto Campos desde su pintura (a pesar de la separación lloraremos por la tierra que nos iluminó), entrecruzados por un caos impredecible. □